

A black and white portrait of Joseph Pearce, a man with wavy hair and a mustache, wearing a suit and tie. The image is overlaid with a green horizontal band across the middle. The text is overlaid on the image.

**JOSEPH PEARCE**

**G.K. CHESTERTON**  
**SABIDURÍA E INOCENCIA**





Joseph Pearce

**G. K. Chesterton**  
Sabiduría e inocencia

*Traducción de Carmen González del Yerro Valdés*

*Presentación de Enrique García-Máiquez*



Título en idioma original: *Wisdom and Innocence. A life of G.K. Chesterton*

© Ignatius Press, 1997, 2015

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 1998, 2009, 2011, 2024

Traducción de Carmen González del Yerro Valdés

Presentación de Enrique García-Máiquez

Revisión de Laura López Merino

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 142

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-183-0

Depósito Legal: M-5778-2024

*Printed in Spain*

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa  
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

[www.edicionesencuentro.com](http://www.edicionesencuentro.com)

# ÍNDICE

Presentación. El libro de la vida.....	7
Primero, la primacía de la vida.....	8
Segundo acierto, Pearce .....	11
Tercero, puñados de ideas .....	12
Cuarto, nuestra necesidad de Chesterton.....	14
G. K. CHESTERTON. SABIDURÍA E INOCENCIA	
Prólogo .....	21
Agradecimientos.....	27
I. Padre del hombre.....	29
II. Con el alma en ebullición.....	45
III. El Chesterblogg .....	65
IV. El Chesterbelloc.....	85
V. G. K. C. ....	105
VI. Robert Browning y el Padre Brown.....	123
VII. Herejes y Ortodoxia .....	139
VIII. Tío Chestnut .....	161
IX. El Chestershaw .....	179

X. Inocencia y sabiduría .....	203
XI. Un hombre vivo.....	223
XII. Hermanos en la lucha .....	241
XIII. Magic y milagros .....	259
XIV. La sombra de la muerte.....	275
XV. El valle de la muerte .....	293
XVI. Vida después de la muerte .....	315
XII. El Verbo se hizo carne.....	341
XVIII. Gratitude y pesar .....	359
XIX. Jongleur de Dieu.....	375
XX. Wells y las aguas someras.....	387
XXI. Esbozo de la sensatez.....	399
XXII. La hija deseada .....	419
XXIII. Polonia y profecías.....	433
XXIV. Hogar y sin hogar.....	447
XXV. Roma y romanticismo .....	461
XXVI. En América, como en casa.....	483
XXVII. En Inglaterra, en el aire .....	507
XXVIII. El Buey mudo y el burro.....	527
XXIX. Justicia y Alemania.....	543
XXX. Libertad y exilio.....	561
XXXI. El final del principio.....	581

## PRESENTACIÓN

### EL LIBRO DE LA VIDA

Gilbert Keith Chesterton me ha deparado, a lo largo de mi vida de lector, incesantes sorpresas. No hay una página suya que no ofrezca una como mínimo. Destacaré una sorpresa propia y otra ajena. La propia: la figura de Chesterton, que admiré desde muy pronto y que es inmensa (a la intelectual, me refiero), no para de crecer con el tiempo. Recuerda a su personaje Domingo de *El hombre que fue Jueves*. Como Domingo en la escena final de la novela, Chesterton crece y crece. Cada vez que lo miro, compruebo que su envergadura —como periodista, como apologeta, como narrador, como filósofo— ha aumentado. Su caso se asemeja al del invitado de la parábola que se sentó en los últimos sitios del banquete, y le dijeron: «Amigo, sube más arriba» (Lc 14,7-11). GKC hizo todo lo que estaba en su mano para quitarse importancia —decía de sí que era apenas un periodista jubiloso—, pero, en el banquete de la inteligencia y la literatura, su puesto está más arriba y más. Es un juego de matrioskas en las que cada nueva muñeca es mucho más grande que aquella de la que sale. Descubro en esta biografía que lo que me pasa a mí con él le pasaba a él con Frances Blogg, su mujer: «No creo exagerar al decir que jamás en mi vida te he contemplado sin pensar que te había subestimado anteriormente».

La segunda sorpresa es que llevo treinta años encontrándome con gente que todavía no lo conoce, que está descubriéndolo o deseando hacerlo. Me asombra hasta que advierto que la próxima vez que le lea también yo descubriré a un autor más grande y novedoso. A menudo me preguntan qué libro leer para comenzar. «Depende —les digo— de lo que estéis buscando». Las historias

del padre Brown son su obra más popular y se lo merecen, porque son inteligentísimos relatos policíacos que cambiaron el género para siempre; *Ortodoxia* es la quintaesencia de su visión del mundo; su novela *Manalive* es una delicia y una reflexión conyugal; sus poemas son divertidos e inolvidables; sus artículos de prensa son una lección continua de cómo estar en (y frente) al mundo; su pequeña obra de teatro *La sorpresa*, precisamente, es un cripto-auto-sacramental que explica la libertad y la redención de una sola tacada, etc. Después de todas esas disquisiciones previas y pudorosas, solía recomendar la colección de aforismos extraídos que hicimos Luis Daniel González y yo, titulada *Un buen puñado de ideas*, donde seleccionamos sus pensamientos exentos. Es lo que él mismo más valoraba: «Mi verdadero juicio sobre mi obra es que he echado a perder un buen puñado de ideas excelentes».

Sin embargo, relejendo esta biografía de Pearce he llegado a la firme conclusión de que no puede haber mejor introducción a Chesterton que *G. K. Chesterton. Sabiduría e inocencia*. Para empezar, porque el autor —que no nos engañe su humildad— no había echado a perder sus ideas excelentes, sino que, además, las había convertido en el motor de una vida extraordinaria. El propósito de esta presentación es explicar detenidamente el cuádruple acierto de Ediciones Encuentro al escoger justamente esta obra de su extenso catálogo chestertoniano para conmemorar el 150 aniversario del nacimiento del maestro.

## PRIMERO, LA PRIMACÍA DE LA VIDA

«Los cumpleaños son una glorificación de la idea de la vida», escribió Chesterton. Así, para celebrar su 150 cumpleaños, ¿qué más a propósito que una biografía? Además, siendo él un escritor profundamente agradecido al hecho de vivir, la vida adquiere una dimensión de obra de arte escrita a cuatro manos, las dos de Dios, la suya y —como veremos— la de Frances Blogg, su mujer, coprotagonista principal de estas páginas.

Chesterton expresaba la primacía de la vida poéticamente: «Si en la tierra negra la semilla se transforma en estas rosas tan bellas, ¿en qué se convertirá el corazón del hombre en su largo viaje hacia las estrellas?». El argumento verdadero de ese viaje es la novela más chestertoniana de todas, por no decir la mejor de las suyas. Él escribió



que la fuga matrimonial de Elizabeth Barrett con el poeta Robert Browning fue «su mejor poema». Es un vigoroso reconocimiento de la preeminencia de la aventura de la vida. Todos sabemos, y Chesterton el primero, que los sonetos de Barrett son extraordinarios; pero aún mejor su historia de amor. Con la biografía de GKC, igual.

Ortega y Gasset había señalado en *Historia como sistema* que «el hombre es novelista de sí mismo, original o plagiario». Chesterton lo fue originalísimo. Sus amigos, rivales o partidarios, pero amigos todos, estaban de acuerdo —por muy alto que hubiese puesto el listón de sus textos— en la superioridad artística de su vida. H. G. Wells envió a Chesterton esta nota en 1933: «Si después de todo mi Ateología se equivoca y acierta su Teología, creo que siempre podré entrar en el cielo (si lo deseo) como buen amigo de GKC». Los libros y las ideas, obsérvese, quedaban por debajo del personaje real. Los partidarios pensaban más de lo mismo. Para Titterton, «extensivamente, su mayor influencia sobre el mundo ha sido su poder como polemista. Pero, intensivamente, fue mucho mayor la influencia de su personalidad, su ejemplo, su estilo de vida». Y rememora la frase que pronunció Hilaire Belloc al poco de morir Chesterton: «Conocerlo fue una bendición». Muchos veían su vida como una encarnación andante de sus doctrinas; el dominico irlandés Vincent MacNabb lo consideraba el epítome de la *Merry England*: «Desde que Dios permitió que le conociera, no he podido dejar de pensar que usted era Inglaterra, la alegre, caballerosa, ingenua e intrépida Inglaterra que yo amaba».

La preeminencia de la vida se erigía, por tanto, como la prueba del algodón de su completa filosofía, que se probaba en la vida corriente. «Los escépticos no trabajan escépticamente ni los fatalistas fatalistamente», pero los realistas sí habitamos la realidad realistamente, sostenía Chesterton. Él pudo estar en la realidad como en su casa porque era tomista. Demostraba que su postura no sólo era fascinante y luminosa, sino también vivible, vividora y vivificante. Esta es la bendición —como la de conocerlo— que una buena biografía de Chesterton pone a nuestro alcance.

Entonces, ¿por qué no empezar con su *Autobiografía*? Por supuesto, hay que leerla, pero como culminación y fin de fiesta. Ocurre con *Autobiografía* lo que descubrió la ciencia en la experiencia de Michelson-Morley: «No se pueden hacer afirmaciones absolutas acerca de un sistema estando dentro de él». Chesterton estaba

dentro de Chesterton la mayor parte del tiempo. En consecuencia, como explica William Oddie, *Autobiografía* no es una autobiografía fiable del todo. Conociendo la desmesurada humildad de Chesterton, se entenderá que hay un ángulo ciego inmenso en toda su *Autobiografía*: no ve su importancia, que es un factor importantísimo (valga la redundancia como subrayado) para entenderle. Al lector también puede chocarle la escasez de datos autobiográficos de su *Autobiografía* y cierta tendencia a la inexactitud. Con muchísima gracia, Chesterton era consciente: «He escrito varios libros, supuestamente vidas de hombres realmente grandes e ilustres, a quienes he rehusado, por mezquindad, los detalles más elementales de la cronología. Resultaría una mezquindad moral el que tuviera yo, ahora, la arrogancia de querer ser exacto respecto a mi propia vida, cuando he dejado de serlo en la de ellos. ¿Quién soy yo para estar fechado más cuidadosamente que Dickens o que Chaucer? ¡Qué blasfemia reservar para mí lo que no he dado a santo Tomás o a san Francisco de Asís! La humildad cristiana me manda continuar por la senda del crimen».

*Autobiografía* no cuenta su muerte, pero, según Esquilo, «ningún hombre se puede decir feliz hasta el día de su muerte». A nosotros nos interesa muchísimo saber que durante su última enfermedad susurró esta frase que resume toda su obra: «El asunto está claro ahora. Entre la luz y las sombras, cada uno debe elegir de qué lado está». Chesterton estaba en el lado de la luz y aquí sigue.

Por último, hay otro vacío esencial en la *Autobiografía*. A Frances Blogg, definida por Titterton como «la mejor mitad de Chesterton», no le gustaba nada la fama y pidió expresamente a su marido que no la mencionase en el libro. Todos, empezando por George Bernard Shaw, reconocían la importancia capital de Frances. Entre ellos, el padre O'Connor, que disculpaba la tardanza de Chesterton en convertirse al catolicismo entendiéndolo que «necesitaría a Frances para llevarle a la iglesia, para encontrar el sitio en el misal o para examinar su conciencia por él cuando fuese a confesar». Sin Frances, se entiende que, si queremos recibir la bendición de conocer a Chesterton, su *Autobiografía*, tan excelente, no nos sirve para empezar. Pearce, en cambio, como hemos dicho, reconoce el papel protagonista de su mujer y arroja toda la luz sobre la que había elegido Chesterton en su vida y en su obra.

## SEGUNDO ACIERTO, PEARCE

El pudor de los ingleses de hablar de su propia vida se compensa con su afición a escribir espléndidas biografías de otros. De Chesterton hay muchas, lo que demuestra la tesis de estas páginas: su vida fue su obra más imprescindible. Luis-Daniel González, que no da puntada sin hilo y las ha repasado todas y ha escrito un ensayo sobre Chesterton, ha sentenciado: «De las biografías de Chesterton en castellano la de Joseph Pearce, *G. K. Chesterton: Sabiduría e Inocencia*, es la más completa y, además, tiene un rasgo que le da mucho valor: el de que, como menciona muchos testimonios de personas que trataron y admiraron a Chesterton, coloca su figura en un marco amplio». Estoy de acuerdo: la figura de Chesterton necesita un marco amplísimo.

Joseph Pearce reúne las condiciones que lo hacen el escritor ideal para acercarse a Chesterton. Tiene el don de narración. Consigue que la vida de Chesterton fluya con pulso de novela. ¿Cuál es su secreto? Está el misterio del fraseo preciso, que no puede desentrañarse y se tiene o no. Ramón Gaya decía que lo primero que había que exigir a un poeta es que «tenga verso». A un prosista hay que pedirle que «tenga frase», y Joseph Pearce la tiene. De la biografía (meticulosa y meritoria) de Ian Ker, se dijo que arrastra el defecto de ser aburrida —lo que versando del Chesterton que había dicho: «Un hombre no envejece sin ser molestado; pero yo he envejecido sin aburrirme» era más imperdonable aún—. Pearce hace honor a la amenidad y la cortesía, a la claridad del siempre divertido y luminoso GKC.

Pero sí podemos revelar el secreto de Pearce en lo que tiene de técnica. Entra y sale de la historia con mucho sentido del ritmo y de la oportunidad. Cuenta los hechos y luego cuenta cómo los veían los contemporáneos de Chesterton, y vuelve a los datos de la vida —muy bien contrastados— y, entonces, recoge opiniones de otros críticos o biógrafos posteriores, y vuelve a la vida, y tampoco teme dar sus opiniones. Este sistema logra dar a *G. K. Chesterton. Sabiduría e inocencia* no sólo un dinamismo indiscutible, sino un perspectivismo que se pone —como quería Ortega y Gasset, inventor del término— al servicio de la verdad completa en sus 360°.

Aporta las anécdotas justas. De Chesterton no hay duda acerca del humor y el jolgorio; pero hay que verlos en acción. Pearce los muestra con generosidad. El más impresionante reconocimiento a

su humor, que nos sirve para calibrar su trascendencia, lo hizo nada menos que Kafka: «Chesterton es tan gracioso que se podría pensar que ha encontrado a Dios». Con todo, de esta biografía llama la atención a la vez la cantidad de sufrimientos personales y familiares que Chesterton, el de la alegría perenne, tuvo que atravesar. Como ha detectado uno de los más conspicuos chestertonianos españoles, el filósofo Fernando Savater: «La alegría no es la conformidad alborozada con lo que ocurre en la vida, sino con el hecho de vivir».

Hay que destacar la honestidad de Pearce: su desenvoltura. No deja de recoger las críticas y desdenes que recibió Chesterton en su momento, ni tampoco deja él, como biógrafo, de reconocer errores y debilidades en su admirado protagonista. Es el mejor modo de ponernos ante los ojos a un Chesterton de carne y hueso, vivo. Qué graciosa, por ejemplo, la crítica que hace Rudyard Kipling a *El fiero caballero*, el primer libro de Chesterton. Impresionantemente apreciativa, pero con este reparo delicioso: «Chesterton sufre un maligno ataque de ‘aureolas’. Salpican todo el libro. Creo que todos nos vemos obligados a emplear inconscientemente en los libros alguna palabra favorita, pero ‘aureolas’ ya era la de Rossetti».

Joseph Pearce se guarda un penúltimo pero imprescindible as en la manga. Él mismo lo muestra: «El estudioso de Chesterton debe carecer de dicha timidez; comprender su fe es primordial para entenderle, de la misma manera que la religión fue absolutamente primordial en su vida. Su lema podría ser casi *credo, ergo sum*». Sólo un católico confesional y combativo podría escribir una biografía de Chesterton que no se dejase lo principal en el tintero. Joseph Pearce cumple el requisito a la perfección. Se confiesa converso gracias a la influencia de la «bomba benéfica» (como Dorothy L. Sayers llamó a Chesterton). Está, por tanto, en la mejor disposición para calibrar la herencia de Chesterton. ¡Qué reguero de conversiones, como de pólvora, nos ha dejado! Ha seguido y sigue actuando después de muerto, un poco como un Cid Campeador de las ideas. Recoger esas batallas que aún gana es una parte irrenunciable de una biografía completa.

### TERCERO, PUÑADOS DE IDEAS

¿Ha podido parecer que nuestra apuesta por este libro como vía de acceso prioritaria a Chesterton implicaba poner sus ideas y sus

libros en un segundo plano? No es nuestra intención, en absoluto, ni la de Pearce. Chesterton es un intelectual, como decíamos, un filósofo camuflado pero auténtico, el gran actualizador de un to mismo contemporáneo práctico. Minusvalorar su pensamiento y su literatura sería amputar el legado de su vida.

Este libro también recoge ideas chestertonianas a puñados, muy atinadamente escogidas. Siempre que oigo la famosa frase, tan malinterpretada, de que «hoy hacen falta testigos más que maestros» me entra una inmensa desazón. En realidad, lo que pide la frase es coherencia de vida en los maestros, esto es, que practiquen lo que predicán. Ahí Chesterton, maestro de la alegría y el agradecimiento, no se quedó corto porque sus ideas eran largas, hondas y altas. Cuando he hecho la ficha de lectura de este libro, más de tres cuartos de mis notas eran frases del gran escritor inglés. Como quien no quiere la cosa, Pearce nos ofrece, junto a la biografía de Chesterton y al repaso exhaustivo de la bibliografía sobre él, un análisis de su propia bibliografía, libro a libro, cada uno en su contexto y acompañado de una antología muy afinada de sus mejores extractos.

Decíamos que la técnica de Pearce es un ágil entrar y salir sin perder ni el ritmo ni el hilo, y eso también vale para los libros y las ideas de Chesterton. Que vengan enhebrados en el hilo cronológico de su vida resulta muy enriquecedor, porque hay una evolución sutil que no debemos perdernos. Chesterton era bien consciente de ella y la expresó con insuperable belleza:

### *HOJAS DE ORO*

Llegué al otoño, mira,  
cuando todas las hojas son de oro.  
Que el año y yo somos más viejos  
mis canas y las hojas nos lo cantan a coro.

De joven yo buscaba al príncipe encantado  
para seguirle fiel en todas sus querellas,  
incluso en las más cósmicas. Podíamos  
desafiar furiosos las estrellas.

Pero ahora un milagro en plena calle  
es que alguien nos diga: «Hola» o «adiós»;  
porque cualquiera es, en nuestra democracia,  
una entre los millones de máscaras de Dios.

De joven yo busqué la flor dorada,  
el Dorado, el Parnaso y La Cueva del Moro;  
pero llegó el otoño y, mira,  
todas las hojas son ahora de oro.

Sin argumento, nudo y desenlace intelectual la biografía de Chesterton no tendría esa deliciosa dimensión novelesca, que tan bien sabe mostrarnos Joseph Pearce.

#### CUARTO, NUESTRA NECESIDAD DE CHESTERTON

Seguro que no se ha escapado al atento lector que me había dejado a sabiendas un punto atrás. En mi enumeración de los talentos inmejorables de Pearce para ser el biógrafo de referencia de Chesterton, me quedé en el penúltimo. El último lo guardé para el final. Joseph Pearce es un escritor de nuestro tiempo y de Chesterton tenemos una necesidad imperiosa hoy. La onda expansiva cada vez más y más grande, como decíamos al principio, de la «bomba benéfica» que fue Chesterton es ahora más imprescindible que nunca.

Pearce destaca con mucha intención en su biografía que este aspecto explosivo del propio Chesterton, que hoy podría verse eclipsado por la imagen, igualmente cierta, de un escritor gordo, jovial y divertido, lo tenían muy presente sus contemporáneos. Dorothy L. Sayers, la impagable traductora de la *Divina Comedia*, explicó en 1952, en su prólogo a *La sorpresa*: «Para los jóvenes de mi generación GKC fue una especie de libertador cristiano». Es entonces cuando la escritora suelta su espléndida metáfora de la benemérita bomba benéfica. Justo esa misma imagen es la que utilizó el propio Chesterton para hablar de sí mismo y sus amigos, cuando parodió el final del poema de T. S. Eliot, titulado *The Hollow Men*, publicado en 1925, donde se leía que «el mundo no acabará con una explosión sino con un quejido». En realidad, Chesterton, con el pretexto de caricaturizar al grupo de Bloomsbury, tan esnob y pedante como depresivo, se hizo un sonoro autorretrato:

La de ellos es desdén, risillas y gemidos;  
fue nuestra juventud carcajada y canción.  
Ellos quizá terminen con un leve quejido,  
nuestro final será, seguro, una explosión.

Como una explosión tuvo que sonar su carcajada al conocer, si lo conoció, el epigrama de un exasperado oxoniense. Éste, viendo la cantidad de sus discípulos y sus actitudes desprejuiciadas en el envarado Oxford, rabiaba:

Hay cinco cosas que los jóvenes chestertonianos reverencian:  
el chuletón, la ordinariez, la Iglesia, el lío y la cerveza.

Y lo curioso es que el epigrama, pensado para denunciar la frialdad chestertónica, es una radiografía de los temas más graves de nuestro tiempo, incluyendo la obsesión vegana, el puritanismo *woke*, lo políticamente correcto que considera muy ordinaria o populista cualquier resistencia o la fe. En el funeral de Chesterton, Ronald Knox profetizó que sería considerado por la posteridad como un profeta, y en eso estamos. Un poco más tarde observó Malcolm Muggeridge: «Es sorprendente de algún modo que aun cuando se ha demostrado tantas veces lo acertado de sus juicios, siga estando menos considerado que otros contemporáneos suyos que se equivocaban casi invariablemente, como Wells o los Webb». Pero ya está más considerado, y lo que le queda.

No hay debate actual que no predijese Chesterton: la importancia de la propiedad privada del hombre común, la vuelta del tomismo, la fe en la razón, la razón de la fe... Sus respuestas y argumentos nos dejaron muchísimo trabajo hecho. El ejemplo de su vida no nos hace menos falta, porque Chesterton fue sabio sin perder la inocencia, vio venir el peligro sin perder la alegría y defendió la verdad sin renunciar a la amistad de todos. C. S. Lewis recomendó la lectura de *El hombre eterno*, salvo si uno quisiera evitar convertirse. Leer *G. K. Chesterton. Sabiduría e inocencia* es altamente recomendable, salvo que uno prefiera pasar su vida entre quejidos lastimeros y murmullos apagados. La vida de Chesterton nos aboca a la emulación, esto es, a la explosión y a la carcajada.

Enrique García-Máiquez  
El Puerto de Santa María a 11 de febrero de 2024,  
festividad de Nuestra Señora de Lourdes





G. K. CHESTERTON  
SABIDURÍA E INOCENCIA



*Para Sarah*



## PRÓLOGO

El editorial de la *Sunday Telegraph's Review* del 28 de mayo se titulaba «¿Un santo entre los periodistas?». Estaba motivado por una carta que había recibido el cardenal Hume de Westminster desde Argentina, firmada por políticos, diplomáticos y un arzobispo. Pedían que «se inicien los trámites necesarios para conseguir la canonización de Gilbert Keith Chesterton».

Sin entrar a considerar el que Chesterton merezca ser canonizado, lo cierto es que la carta sirvió de oportuno recordatorio de la influencia que sigue teniendo en todo el mundo. En efecto, sesenta años después de su muerte, se ha producido un notable resurgir del interés por su vida y su obra. Existen asociaciones chestertonianas en Canadá, Japón, Australia, Francia, Polonia, Noruega y Gran Bretaña, así como otras independientes repartidas por los Estados Unidos. En Canadá aparece trimestralmente una revista especializada (*Chesterton Review*) y la Ignatius Press de San Francisco está publicando actualmente sus obras completas.

Muchos consideran a Gilbert Keith Chesterton como uno de los gigantes de la literatura del siglo veinte. Podía competir en ingenio con Bernard Shaw, H. G. Wells y multitud de escritores más. Un ejemplo es la acertada repuesta que dio a la afirmación de Oscar Wilde de que no podemos apreciar las puestas de sol porque no se pueden pagar: «Oscar Wilde podría pagarlas si no fuera Oscar Wilde»<sup>1</sup>; de manera similar, después de pronunciar un discurso en América sobre «La cultura y el peligro venidero» le preguntaron si

---

<sup>1</sup> Titterton, W. R., *G. K. Chesterton: A Portrait*, Londres, 1936, pp. 88-89.

tal peligro podía ser Bernard Shaw y Chesterton respondió: ¡No, hombre, no! Es un placer que desaparece»<sup>2</sup>. Shaw, a su vez, decía que Chesterton era «un genio colosal»<sup>3</sup>.

Ahora bien, su genialidad no reside en la rapidez de su ingenio, sino en la profundidad de su filosofía. Fue un pensador radical en el sentido literal de la palabra; se retrotraía hasta la misma raíz del tema en cuestión para comprenderlo: «El hombre moderno es semejante al viajero que olvida el nombre de su destino y tiene que regresar al lugar del que partió para averiguar incluso dónde se dirigía»<sup>4</sup>. Ronald Knox menciona esa facultad:

Uno de los principios favoritos de Chesterton defendía que se puede examinar cualquier cosa una y otra vez, hasta que se convierte en algo manido de puro familiar y después, de repente, se comprende por primera vez... Pensaba que la verdad se puede percibir del mismo modo, que es posible captar algo como es realmente, tras haber echado previamente novecientos noventa y nueve ojeadas que solo han servido para obtener una idea convencional y no para que uno se percate de la verdad esencial<sup>5</sup>.

Según se deduce de la explicación anterior, lo que Chesterton reprochaba fundamentalmente a Oscar Wilde no era que no apreciara las puestas de sol, sino que ni siquiera era capaz de percibir las. Consciente de la ceguera de los demás, Chesterton expresaba continuamente su agradecimiento por la visión que le había sido dada:

Dame ojos milagrosos para ver mis ojos,  
circulantes espejos vivos en mí,  
cristales tremendos, más increíbles  
que todas las cosas que ven<sup>6</sup>.

Con esos espejos circulantes de tremendos cristales se abrió camino entre los tópicos y descubrió el sentido común: «Yo soy el hombre que con suprema osadía descubrió lo que ya estaba descubierto»<sup>7</sup>. De este modo percibía el milagro el milagroso.

---

<sup>2</sup> Ward, Maisie, *Gilbert Keith Chesterton*, Londres 1944, p. 501.

<sup>3</sup> Hollis, Christopher, *The Mind of Chesterton*, Londres, 1940, p. 86.

<sup>4</sup> Ffinch, Michael, G. K. *Chesterton: A Biography*, Londres, 1938, p. 258.

<sup>5</sup> Williamson, Claude (ed.) *Great Catholics*, Londres, 1938, p. 548.

<sup>6</sup> O'Connor, John, *Father Brown on Chesterton*, Londres, 1937, p. 157.

<sup>7</sup> Ffinch, M., G. K. *Chesterton*, p. 362.

Decía monseñor Knox en el panegírico que pronunció en el funeral de Chesterton, celebrado en la catedral de Westminster: «Podemos asegurar casi con toda certeza que será recordado como profeta de una era de falsos profetas»<sup>8</sup>. Cincuenta años después, Malcolm Muggeridge sostenía la misma opinión:

Sentía un profundo e instintivo disgusto por la manera en que transcurría el siglo veinte y eso le convirtió en todo un profeta en los primeros años de pesimismo: «Los serios librepensadores — escribía en 1905 — no deberían preocuparse tanto por las persecuciones del pasado; antes de que la idea liberal muera o triunfe, veremos guerras y persecuciones cual jamás el mundo ha contemplado». Stalin, un joven de veintiséis años en aquel entonces, y Hitler, diez años menor, junto con otros, iban a hacer que se cumplieran esas palabras hasta un extremo increíble. Es sorprendente de algún modo que aun cuando se ha demostrado tantas veces lo acertado de sus juicios, siga estando menos considerado que otros contemporáneos suyos que se equivocaban casi invariablemente, como Wells o los Webb<sup>9</sup>.

Sus dotes de profeta se hicieron patentes en la conferencia que dio en Toronto en 1930 sobre «La cultura y el peligro venidero»; explicó que el peligro no era el bolchevismo, pues ya se había experimentado y «la mejor manera de destruir una utopía es instituir la. La consecuencia más clara del bolchevismo es que el mundo moderno no lo copiará». El peligro venidero tampoco consistía en una nueva guerra, aunque la próxima tendría «lugar cuando Alemania intente jugar con la frontera de Polonia». El peligro que se acercaba era «la superproducción intelectual, educacional, psicológica y artística que, al igual que el exceso de producción en el terreno económico, suponen una amenaza para el bienestar de la civilización contemporánea. La sociedad está inundada, cegada y ensordecida por una riada de exteriorizaciones vulgares y de mal gusto, que paraliza intelectualmente al hombre y no le deja tiempo libre para el ocio, el pensamiento o la creación desde su propio interior»<sup>10</sup>.

Chesterton demuestra una asombrosa sagacidad en este discurso pronunciado tres años antes del estallido de la guerra y muchos años antes del derrumbamiento del comunismo. Revela

---

<sup>8</sup> Ward, M., *Gilbert Keith Chesterton*, p. 362.

<sup>9</sup> Conlon, D. J. (ed.), *G. K. Chesterton: A Half Century of Views*, Oxford, 1987, pp. 226-227.

<sup>10</sup> Ward, M., *Gilbert Keith Chesterton*, p. 500.

igualmente su aferramiento a la realidad; desde este punto de vista debe entenderse la introducción que Richard Ingrams escribió en 1992 para la reedición de su *Autobiografía*:

El nuevo lector de Chesterton se verá sorprendido por dos puntos: en primer lugar, por lo absolutamente contemporánea que resulta su figura... En la *Autobiografía*, así como en sus otros libros, descubrimos que las cuestiones que le obsesionaban tanto a él como a su generación, atraen nuestra atención en la actualidad: imperialismo, pacifismo, darwinismo, ortodoxia religiosa (¡le habría fascinado el obispo de Durham!) y, sobre todo, el «distributismo», credo político que abrazaron Belloc, cuyo eco perdura en el interés que suscita hoy en día el autoabastecimiento, así como la teoría de Schumacher («Lo pequeño es hermoso»)...

Y en segundo lugar, por lo alentador y persuasivo que resulta para aquellos de nosotros que, educados como cristianos, dudamos y vacilamos acerca de nuestras creencias. Yo mismo caigo en la cuenta cada vez que releo su obra, lo que hago con regularidad<sup>11</sup>.

Es interesante la relación que establecía Ingram entre la relevancia actual de Chesterton y su fe cristiana ya que él mismo hacía hincapié en ella en su *Autobiografía*: «La primera cosa sobresaliente, y característica de la nota moderna, es un cierto efecto de tolerancia que se manifiesta por la timidez. La libertad religiosa podría significar que todo el mundo es libre de discutir de la religión. En la práctica, significa que casi nadie tiene permiso para mencionarla»<sup>12</sup>.

El estudioso de Chesterton debe carecer de dicha timidez; comprender su fe es primordial para entenderle, de la misma manera que la religión fue absolutamente primordial en su vida. Su lema podría ser casi *credo, ergo sum*. Así lo entendía Hilaire Belloc, su amigo y compañero de armas, cuando escribió: «La relación de Chesterton con la fe es ciertamente el aspecto más importante de su vida literaria y merece una consideración más detallada que cualquier otra de sus actividades»<sup>13</sup>.

Étienne Gilson, historiador francés y renombrado especialista en santo Tomás de Aquino comentó en una ocasión que «lo que

---

<sup>11</sup> *Chesterton Review*, vol. XVIII, n. 3, p. 439.

<sup>12</sup> Chesterton, G. K., *Autobiografía*, (Obras Completas, vol. I), Barcelona, 1967, p. 214.

<sup>13</sup> Belloc, Hilaire, «Lugar de Gilbert Keith Chesterton en las letras inglesas», prólogo de *Ensayos de Chesterton*, México, 1985, p. XXVI.



está en juego con Chesterton es algo más que literatura. Aquí le apreciamos por encima de todo como teólogo»<sup>14</sup>. El elogio de Gilson de la biografía de santo Tomás de Chesterton ejemplifica su valoración: «Creo que es el mejor libro que se ha escrito jamás sobre santo Tomás, sin comparación posible. No podría explicarse un logro semejante si anduviera escaso de genialidad»<sup>15</sup>.

Rara vez se considera la filosofía como un pasatiempo; sin embargo, Chesterton no solo lo creía sino que además le parecía un pasatiempo divertido. Una vez afirmó que «el secreto de la vida reside en la risa y en la humildad»<sup>16</sup>; Christopher Hollis opinaba que «lo primero que consiguió fue que las bromas se volvieran contra los escépticos. Así como el General Booth se negó a que el diablo se quedara con las mejores melodías, Chesterton se negó igualmente a dejarle las bromas mejores y declaró que también les estaba permitido divertirse a los que tenían fe»<sup>17</sup>.

La clave de su atractivo y del éxito que alcanzó como defensor del cristianismo se encuentra en su original combinación de la diversión y la filosofía, de la lógica con la risa; gracias a ella muchas personas lograron desembarazarse del agnosticismo y del ateísmo: C. S. Lewis, Evelyn Waugh y Graham Greene reconocían la profunda influencia que había ejercido Chesterton en sus conversiones respectivas. Dorothy Sayers confesaba asimismo estar en deuda con Chesterton: «Fue un liberador de los cristianos — escribió en 1952—. Como si de una bomba benéfica se tratara, hizo que un gran número de vidrieras de mala calidad saltara por los aires, permitiendo la entrada en la iglesia de ráfagas de aire fresco, en el que danzaban las hojas muertas de la doctrina, con toda la energía y la frescura del volatinero de nuestra Señora»<sup>18</sup>. Sospechamos que esta lista de notoriedades que hallaron la fe gracias a Chesterton, o al menos en parte, es únicamente la punta de un iceberg espiritual mucho más grande. Por la conversión de C. S. Lewis o de Sir Alec Guinness, ¿cuántas conversiones desconocidas habrá habido?

---

<sup>14</sup> *Chesterton Review*, vol. XII, n. 4, p. 539.

<sup>15</sup> Conlon, D. J. (ed.), *G.K. Chesterton: The Critical Judgements*, Amberes, 1976, p. 510.

<sup>16</sup> Chesterton, G. K., *Herejes* (Obras Completas, vol. I), Barcelona, 1967.

<sup>17</sup> Hollis, Christopher, *The Mind of Chesterton*, p. 8.

<sup>18</sup> Sayers, Dorothy L., Prefacio a *The Surprise*, Londres, 1952, p. 5.

Analizando estos vestigios de la importancia de Chesterton en la actualidad, recordamos unas líneas de uno de los relatos de *La inocencia del Padre Brown*: «Las pisadas misteriosas», en las que el sacerdote declara: «Él me hizo pescador de hombres». La narración continúa:

—¿Ha ocultado usted a ese hombre? —preguntó el coronel, arrugando el ceño.

El Padre Brown le miró a la cara abiertamente:

—Sí —contestó—. Yo lo he pescado con anzuelo invisible y con hilo que nadie ve, y que es lo bastante largo para permitirle errar por los confines del mundo y para hacerle regresar con un pequeño tirón<sup>19</sup>.

Evelyn Waugh se inspiró en este pasaje para titular la tercera parte de *Retorno a Brideshead*, «Tirando del hilo». No es esta la única vez que Chesterton asignó a la Iglesia el papel de pescadora de hombres:

En cuanto el hombre deja de estirar del hilo en contra de la Iglesia católica, nota un tirón hacia ella; en cuanto deja de abuchearla, empieza a escucharla con deleite; en cuanto intenta ser ecuánime en cuanto a ella se refiere, comienza a sentirse orgulloso de ella. Ahora bien, cuando el afecto sobrepasa un determinado punto, empieza a adquirir el aspecto de la grandeza trágica y amenazadora de los grandes amores<sup>20</sup>.

Aquí, en apenas un párrafo, Chesterton nos presenta el viaje de su vida en el microcosmos: el estirón inicial en contra de la Iglesia, el tirón que notó hacia ella a continuación, el afán de ecuanimidad que desembocó en primer lugar en afecto y con el tiempo en un gran amor por la Iglesia católica. En su vida hubo otras historias de amor, claro está; la primera y la más evidente fue la que vivió con Frances, su mujer; no obstante, amó también a su hermano Cecil y a sus grandes amigos, Belloc y Shaw. Con todo y con eso, esos amores desempeñaron solamente un papel secundario en su gran historia de amor con Cristo.

Chesterton lo expresaba poéticamente: «Si en la tierra negra la semilla se transforma en estas rosas tan bellas, ¿en qué se convertirá el corazón del hombre en su largo viaje hacia las estrellas?»<sup>21</sup>.

---

<sup>19</sup> Chesterton, G. K., *La inocencia del Padre Brown*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1985, p. 80.

<sup>20</sup> O'Brien, John A. (ed.) *The Road to Damascus*, vol. I, Londres, 1949, p. 271.

<sup>21</sup> Ward, M., *Return to Chesterton*, Londres, 1952, p. 137.

## AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, tengo que reconocer por encima de todo mi deuda de gratitud con Aidan Mackey del Chesterton Study Centre de Bedford, sin cuya ayuda inestimable y paciente habría sido imposible obtener tanto material inédito. Además de haber sido el afortunado receptor de los conocimientos y de la experiencia de Aidan, recibí también su hospitalidad. Después de haber sido un huésped habitual en Bedford durante los últimos cuatro años, pienso que él y Dorene ofrecen en su casa el ambiente más cómodo para investigar que se pueda imaginar, ¡con cama y desayuno incluidos!

Agradezco a Sarah Hollingsworth la lectura del borrador inicial de cada capítulo, y muy especialmente le agradezco sus opiniones y sus críticas, en ocasiones despiadadas. Sin embargo, tengo la seguridad de que sus sucesivas revisiones han mejorado el texto considerablemente.

El padre Laurie Locke me ha proporcionado una ayuda constante, ánimos, así como libertad de acceso a su vasta biblioteca, que es un Chesterton Study Centre en miniatura.

Alfred Simmonds merece una mención especial por su incesante apoyo en aspectos demasiado numerosos para citarlos aquí.

Las personas que cito a continuación me han ayudado también de muy distintas maneras: Kevin Allard, David Barnard, Dennis Barrow, Mike and Elizabeth Butler, Richard Callan, Robert Gilbey, Alison Gillings, John Kingsmill, Robert Sneesby, Alan and Frances Staton, Adrian Stimpson y Alan Young.

Debo dar gracias especialmente al padre Joseph Fessio, SJ, de la Ignatius Press de San Francisco, por haberme concedido autorización para utilizar numerosas citas de las obras de Chesterton.

Igualmente debo señalar que varios de los poemas citados en el libro como inéditos, se han incluido posteriormente en las *Obras Completas* publicadas por esta editorial. Agradezco también al padre Ian Boyd, director de la *Chesterton Review*, el que me haya autorizado extraer citas de varios números de esa excelente publicación.

Quiero agradecer a todos los que menciono a continuación el haberme permitido citar obras publicadas con anterioridad: a A. P. Watt Ltd, en representación de los administradores de Maurice Baring Will Trust, el fragmento de cinco líneas de «Vita Nuova» de *Collected Poems* de Maurice Baring; a Douglas Hyde, el extracto de *I Believed*; a Walter Hooper, la breve cita de la reciente biografía de C. S. Lewis, obra de Roger Lancelyn Green; a George Sassoon, *Fight to a Finish*, de Siegfried Sassoon; a Oxford University Press, la cita de *The Allegory of Love*, de C. S. Lewis; a Burns & Oates Ltd., las citas de la biografía de Ferdinand Valentine sobre el padre Vincent McNabb; a Plexus Publishing, el extracto de la biografía de Alfred Hitchcock, de Donald Spoto; a Macmillan Publishers Ltd., la cita de la biografía de C. S. Lewis, escrita por George Sayers; a Sheed & Ward, las citas de las obras de Maisie Ward: *Gilbert Keith Chesterton, Insurrection versus Resurrection* y *Return to Chesterton*, los fragmentos de la obra de F. J. Sheed, *The Church and I*, y del Ensayo de Belloc, *On the Place of Gilbert Keith Chesterton in English Letters*; a Random House, UK Ltd., el permiso para citar varios libros, entre los que están incluidos: la biografía de Michael Holroyd de Bernard Shaw, la *Autobiografía* de Arthur Ransome, *Complete Verse* de Hilaire Belloc y el libro del padre John O'Connor, *Father Brown on Chesterton*, publicado originalmente por Frederick Muller; a Harper Collins, las breves citas de *Blessings in Disguise* de Sir Alec Guinness, y de *Surprised by Joy* de C. S. Lewis; a Element Books Ltd. The Shaftesbury (Dorset) las tres citas de *Modern Mystic* de Alan Watts y a Chapman & Hall Ltd., las citas del libro de Ada Chesterton, *The Chestertons*.

Por último, sin que por ello sea menor, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a Elspeth Taylor y a James Catford por haber depositado su fe en mis esfuerzos.

## I. PADRE DEL HOMBRE

El Niño es padre del hombre;  
quisiera una devoción natural  
que ligara uno a uno todos mis días.  
(William Wordsworth, «My Heart Leaps Up»)

A menudo se ha criticado a G. K. Chesterton su perenne falta de madurez, el ser un romántico incorregible y un perfecto ingenuo. A primera vista, su propia opinión podría causar la impresión de que no es ese un punto de vista equivocado; pocos meses antes de su muerte hablaba abiertamente de su niñez con sinceridad: «No he perdido nunca el sentimiento de que esta era mi vida real; el principio verdadero de lo que hubiera debido ser una vida más real; una experiencia perdida en la tierra de los vivos»<sup>1</sup>.

Sería muy fácil considerar ingenuos estos sentimientos y, no obstante, si lo hiciéramos caeríamos en la trampa de la ingenuidad, o al menos, cometeríamos el error de ser también ingenuos al juzgarle. En realidad, él admitía que era un romántico pero insistía siempre en que el romanticismo estaba más cerca de la realidad que el escepticismo. No era por tanto un romántico incurable, sino lleno de optimismo. Como a él le habría divertido proclamar, es el escéptico y no el romántico el que carece de esperanza. Creía que en la inocencia de la infancia se escondía el romanticismo de la realidad:

Estaba subconscientemente seguro entonces, como estoy conscientemente seguro hoy, de que ahí se hallaba la ruta blanca y sólida y el comienzo meritorio de la vida del hombre; y que es el hombre el que más tarde la oscurece con ensueños o se descarría engañándose a sí mismo.

---

<sup>1</sup> Chesterton, G. K. *Autobiografía*, (Obras completas), Barcelona 1967, pp. 45-46.

Es solo el hombre hecho y derecho el que vive una vida de ficción; el que tiene su cabeza en las nubes<sup>2</sup>.

Con el fin de desbaratar y disipar las acusaciones de ingenuidad, mostró un currículum vitae en su *Autobiografía* que demostraba que era «un hombre de mundo»:

Sin echármelas de aventurero o de trotamundos, puedo decir que he visto algo en el mundo; he viajado por lugares curiosos y he conversado con hombres de interés; he estado metido en disputas políticas que, más de una vez, se han convertido en luchas de facciones; he hablado con hombres de Estado en la hora en que se resolvía el destino del Estado... Hay muchos periodistas que han visto acaso más cosas que yo; pero yo he sido periodista y he visto tales cosas<sup>3</sup>.

Con estas palabras pretendía demostrar la falsedad de la afirmación de que era un ingenuo. Y a continuación expresaba la ocurrencia de que todos esos episodios de su vida «no tendrán sentido si nadie comprende que hoy significan menos para mí que el Teatro de Guiñol de Campden Hill»<sup>4</sup>.

Se acordaba vivamente del teatro de marionetas como demuestra al declarar que fue «lo primero que recuerdo haber visto con mis ojos». Recordaba a un jovencito cruzando un puente, con «un bigotillo rizado y una actitud de confianza en sí mismo rayana en la jactancia». Llevaba una corona de oro en la cabeza y una llave desmesuradamente grande en la mano y para añadir dramatismo, el puente atravesaba «un peligroso precipicio montañoso»:

Y si alguien objetase que escenas semejantes son poco frecuentes en la vida familiar de los agentes inmobiliarios que vivían inmediatamente al norte de la calle principal de Kensington, hacia el año 70 del siglo pasado, me verá obligado a admitir, no ya que la escena es irreal, sino que la vi desde el proscenio de un teatro de juguete construido por mi padre; y que (si realmente me atosigan con detalles tan nimios) el muchacho con corona y todo tendría unos seis centímetros de altura y resultaba (después de un examen) que estaba hecho de cartón. Pero es rigurosamente cierto decir que lo vi antes que recuerde haber visto ninguna otra

---

<sup>2</sup> Op. cit., p. 46.

<sup>3</sup> Op. cit., p. 45.

<sup>4</sup> Op. cit., p. 45.

persona; y que respecto a mi memoria, esta es la primera escena a la que se abrieron mis ojos por primera vez en este mundo<sup>5</sup>.

Siendo ya un hombre adulto, admitía gustosamente la importancia que tenían para él aquellos embrionarios recuerdos de la infancia, en los últimos años de su vida, pero preveía que algunos psicólogos podrían intentar ver algo más en ellos. Respondía de la siguiente manera al «escrupuloso lector de librotres sobre psicología infantil» que pudiera llegar a la conclusión de que su romanticismo se debía a dichos recuerdos infantiles:

Sí, estúpido, sí. Indudablemente su explicación es, en este sentido, la verdadera. Pero lo que está usted diciendo con tanta agudeza es sencillamente que asocio estas cosas con la felicidad, porque era muy feliz. Ni siquiera empezamos a considerar la cuestión de por qué yo era tan feliz. ¿Por qué el hecho de mirar por un agujero cuadrado de cartón amarillo, puede transportar a alguien al séptimo cielo de la felicidad, en cualquier momento de la vida? ¿Por qué lo consigue en ese momento preciso de la vida? Ese es el hecho psicológico que tiene usted que explicar; yo no he tropezado nunca con ninguna explicación racional<sup>6</sup>.

En otra parte, Chesterton seguía tratando de obtener una explicación de lo que no tenía explicación alguna:

La adolescencia es una cosa compleja e incomprensible. ni habiéndola pasado se entiende bien lo que es. Un hombre no puede comprender nunca del todo a un chico, aun habiendo sido niño. Crece, por encima de lo que fue el niño, una especie de protección que pica como pelo; una dureza, una indiferencia, una combinación extraña de energía dispersa y sin objeto, mezclada con cierta disposición a aceptar las convenciones<sup>7</sup>.

Este párrafo contiene la paradoja de la niñez al estilo chester-toniano; es un misterio que sabemos que existe, pero que no sabemos explicar. El niño es el padre del hombre, paradójicamente es mayor que el hombre, su existencia es anterior y sus recuerdos, más antiguos. El niño ha pasado toda la vida con el adulto, estaba con él incluso antes de que el adulto naciera. Y sin embargo, el adulto ni conoce ni comprende al niño.

---

<sup>5</sup> Op. cit., p. 24.

<sup>6</sup> Op. cit., p. 26.

<sup>7</sup> Op. cit., p. 49.

Tras años de meticulosa investigación y acceso al patrimonio literario de G.K. Chesterton, Joseph Pearce presenta la biografía de este gigante literario del siglo XX, proporcionando una gran cantidad de información importante sobre el escritor que no había visto la luz en publicaciones anteriores. Se trata de una biografía amena y deliciosa de un autor polifacético, artista y polemista que amaba la amistad de los niños, idolatraba a su esposa y gozaba de grandes amistades con personajes como Hillaire Belloc, Bernard Shaw y H.G. Wells. Hombre grande en todos los sentidos, su mayor descubrimiento fue quizá que «el secreto de la vida reside en la risa y la humildad».

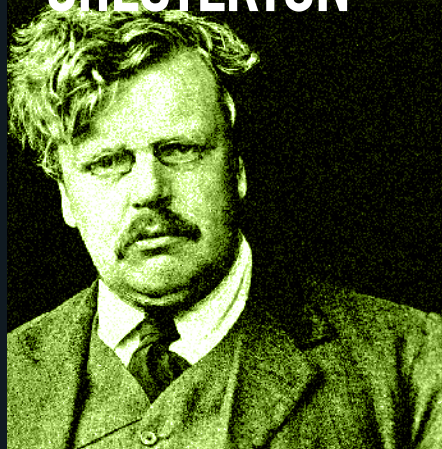
Pearce evita los errores de hecho y los juicios erróneos cometidos por la mayoría de los biógrafos anteriores.

Se trata de una de las obras más importantes sobre Chesterton, y una oportunidad de celebrar los 150 años de su nacimiento con esta nueva edición que incluye una presentación de Enrique García-Máiquez.

«Leer *G.K. Chesterton. Sabiduría e inocencia* es altamente recomendable, salvo que uno prefiera pasar su vida entre quejidos lastimeros y murmullos apagados»

—Enrique García-Máiquez

## G.K. CHESTERTON



Depósito Legal: M-5778-2024



ISBN: 978-84-1339-183-0

